

fiado sus destinos, comprendió lo que necesitaba, y restauró los altares del catolicismo, con gran escándalo por parte de aquellos que se habían educado en la incredulidad. Sin embargo, las apariencias eran á principios del siglo poco favorables á esa obra de restauración; las clases elevadas, ó mejor dicho, todos los que sabían leer y escribir estaban imbuidos del espíritu anticristiano que dominaba en la literatura. Un joven presbítero, el abate *Frayssinous*, trató de atraerles á la antigua fe de sus padres, y él mismo nos declara el des crédito en que había caído la religión católica:

“¿Cuán grande es el desprecio, el olvido y hasta la ignorancia en que se vive respecto á la religión de nuestros padres! Si proclamamos lo que tienen de augusto y de tierno sus misterios, lo que tienen de digno para la bondad de Dios y de consolador y de glorioso para el hombre... no parece sino que se trata de una especie de mitología parecida á la de los Griegos ó de los Orientales. Si recordamos la severidad de sus máximas, los deberes que impone, los sacrificios que exige, no parece sino que se trata de preceptos arbitrarios. Y si desplegamos la grandeza de sus promesas y el terror de sus amenazas, se las mira como invenciones tan fabulosas como las del Eliseo y del Té naro. Si, á la religión se la mira como una cosa anticuada, y se considera un atrevimiento inaudito el que se la defiende seriamente,” (1).

Transportémonos á cuarenta años de distancia. Una nueva revolución al grito de *abajo los jesuitas!* quita al catolicismo el apoyo que tenía en la familia de los Borbones y en la antigua nobleza. El pueblo triunfante saquea el palacio arzobispal: el espíritu del siglo XVIII vuelve á dominar en las altas regiones. Transcurren algunos años, y se ve lo que no se había visto: los católicos convertidos en un partido político, con sus periódicos, sus asociaciones, y el gobierno, que le es hostil, obligado á contar con ellos. Léase cualquiera de esos periódicos ortodoxos, y se advertirá en ellos un tono altivo, señal segura de que se reconocen fuertes. *Monsieur Veillot* comienza por hacer constar la decadencia de la religión católica á principios de nuestro siglo: “No hace mucho tiempo se podía preguntar qué había sido de la religión católica: en Francia había

(1) FRAYSSINOUS, *Conferencias*, discurso de apertura (1803), tomo I, p. 15.

sido vencida por la caritatura; en Inglaterra era la creencia de los parias de Irlanda; en España estaba atacada de enervación; en Italia de un incurable engurdimiento, por lo menos así se creía; secularizada en Austria, profundamente desconocida y desdeñada en la Alemania protestante, y en todas partes relegada á los más humildes cuidados domésticos, como una esposa despreciada á quien se la tiene por misericordia, pero que no es considerada en cosa alguna por la familia y por la casa. Todo había concluído, y de tal modo, que se consideraba bajeza el ultrajarla, mientras que se tenía por imbecilidad el rendirla homenaje,” (1). Actualmente, continúa Mr. Veillot, no hay región de Europa ni rincón en el mundo conocido donde el sentimiento religioso, que es por lo general un sentimiento católico, no haya venido á ser el objeto principal de las preocupaciones públicas, la esperanza de los pueblos y el obstáculo de los gobiernos, harto mal inspirados cuando la odian. En Inglaterra, el asunto serio es saber qué se la concederá; en Francia, cómo se la podrá desarmar ó seducir; en Prusia, si querrá mañana proteger al gobierno que ayer aprisionaba sus pontífices,” (2).

Ese movimiento que se verifica en el mundo religioso, ¿es tal vez una de esas vanas agitaciones que turban durante algunos años el mundo político para concluir después en la indiferencia? Ved sus obras, responde el periodista francés; la religión no edifica para un día, edifica para la eternidad: “El sentimiento católico ha llenado los vacíos del sacerdocio, y por medio de las misiones ha suministrado un ejército de apóstoles y de mártires, ha restaurado y repoblado los monasterios y levantado á millares templos, escuelas y hospitales, ha enriquecido, en fin, la Iglesia con ese vergel inaudito, que ningún siglo había visto, de vírgenes, no sólo consagradas á las faenas heroicas de la caridad, sino también á las empresas no menos heroicas del apostolado... y advertid que Voltaire reinaba hace diez años, que se esculpía en el frontón de una iglesia su imagen, y que ese mismo año se alzaba su estatua frente á los pórticos del Louvre,” (3).

A la vista de esos cambios, verificados en menos de medio siglo, un ilustre orador exclamaba,

(1) VEUILLOT, *Misceláneas religiosas, históricas, políticas y literarias*, t. III, p. 261 / *El movimiento católico*, 1845).

(2) VEUILLOT, *Misceláneas*, t. III, p. 266 y siguientes.

(3) VEUILLOT, *Misceláneas*, serie 2.ª, t. IV, p. 471.

atribuyéndolo á prodigio: “Sabido es, decía *Montalembert* en el congreso de Malinas, que durante los sacrilegos arrebatos de la Revolución francesa se vieron algunos miserables escalando la cátedra de la verdad y desafiando desde allí al Dios vivo á que hiciera un milagro para salvar los restos de su culto y para probar su existencia. Pues bien, ese milagro se ha hecho, es diario, es universal. Si, el renacimiento de la Iglesia entera, del sentimiento y de la doctrina católica, de la autoridad y de la disciplina eclesiástica, del papado, más enaltecido y mejor escuchado que nunca, de tantas y tan santas comunidades; ese renacimiento universal y completo, después de los cadalsos levantados por el terror, después de las violencias de Napoleón, después de las defecciones de tantos pueblos y de tantos reyes y en presencia de la terrible propagación de la mentira y del mal... ese renacimiento de que somos testigos es un milagro, y el mayor de que hay noticia en la memoria de los hombres,” (1).

II

El hecho de una reacción religiosa no puede desconocerse; es uno de los caracteres de nuestra época, y á nuestro juicio, es el rasgo más notable. Un grande escritor dice que la literatura es la expresión de las costumbres y del estado social de una nación. La literatura del siglo anterior era anticristiana hasta en sus producciones más ligeras, y ese siglo famoso vió entronizarse la incredulidad en Ferney, y el rey de los incrédulos halló aduladores entre las mismas testas coronadas. En el día es la prensa más que nunca el órgano de las ideas dominantes; ya no es una minoría aristocrática la que lee; hay un mundo de lectores, y leen con preferencia los escritos que hacen resonar alguna cuerda de su alma y de su inteligencia. ¡Y bien! Abramos al acaso uno de esos periódicos que son como el barómetro de la opinión pública. ¿De qué se ocupan? Los hay; y en gran número, que tratan exclusivamente de materias religiosas. Pero lo más notable es que las revistas, aun las consagradas á entretener tanto como á ilustrar á los lectores, discuten cuestiones de religión, y las cuestiones más altas.

(1) *Asamblea general de los católicos en Bélgica*, sesión primera de Malinas, t. I, p. 324.

Podría creerse que esto era cuestión de moda, y que la literatura periódica, obra pasajera, sólo respondía á un gusto momentáneo; pero no hay nada de eso. Recórranse los catálogos de las publicaciones nuevas, y en ellos se encontrarán en gran número obras de religión, las unas dirigidas á las masas supersticiosas, otras escritas por hombres que piensan. ¿Qué diría Voltaire, si resucitase, al ver á los Welches leer y releer libros en que el autor habla del otro mundo como si hubiera vivido en él? (1). ¿Qué pensaría del buen sentido, del cual era tan partidario, al ver á un hombre político consagrando los ocios de su vejez en escribir gruesos volúmenes, para probar que no hay salvación para la humanidad fuera de la creencia en lo sobrenatural? (2). Pues más sorprendido se quedaría y aun se despertaría en él la envidia al saber que el gran éxito literario de nuestro tiempo, éxito inaudito, prodigioso, que nunca obtuvieron sus obras maestras, es el que ha coronado á un libro que lleva por título *La Vida de Jesús*. Éxito de escándalo, dicen los adversarios de M. Renan. No; los folletos de Voltaire eran mucho más escandalosos, y no obtuvieron, sin embargo, esa inmensa publicidad. Un teólogo alemán, que por cierto no es admirador del académico francés, dice que hay una causa más seria de esa inesperada popularidad, y es la renovación del sentimiento religioso (3).

Otro signo de los tiempos. No hay una literatura más extraña á los gustos de un siglo comercial, industrial y especulador que la de los infolios de los Padres de la Iglesia. Pues bien; se les reimprime en tamaño más cómodo y se les traduce. San Crisóstomo y San Agustín figuran entre las novedades del día. Se concibe que Juan Boca de Oro tenga atractivo para una generación extenuada; pero ¿qué decir de la colección de los Bolandistas, vidas de los santos en cincuenta volúmenes, donde por casualidad se halla una pequeña perla oculta en medio de un muladar? Pues se la reimprime, y el éxito de esta obra nadie pensará atribuirlo al escándalo. Hay que creer, á menos de cerrar los ojos á la luz, en el despertar del catolicismo.

(1) REYNAUD, *Cielo y Tierra*, libro del que se han hecho muchas ediciones.

(2) GUIZOT, *Meditaciones sobre la religión; La Iglesia y la sociedad; Meditaciones sobre el actual estado de la religión cristiana*.

(3) SCHENKEL, *Allgemeine kirchliche Zeitung*, 1864, p. 527.

III

En el siglo anterior parecía muerto el papado; llegóse á ver á un vicario de Cristo en correspondencia con Voltaire, el gran incrédulo. Vióse al jefe de la cristiandad licenciar su milicia más devota, los jesuitas. En toda Europa, la Iglesia se subordinaba al Estado, y sus grandes dignatarios eran hombres de corte; los obispos y los abades gastaban en una opulenta ociosidad el patrimonio de los pobres; los mismos frailes aspiraban á dejar sus conventos, y sólo con gran trabajo se lograba reclutar religiosos para los monasterios. ¡Qué cambio tan prodigioso en medio siglo! Los papas usan de nuevo el lenguaje de Gregorio VII y de Inocencio III, y se ven príncipes deponiendo á sus pies los derechos de la soberanía civil. El recuerdo de Enrique IV en Canosa encendió la cólera y el odio en el campo de los filósofos, y en pleno siglo XIX, un poderoso emperador, más culpable que el desgraciado, pero heroico, rey de Alemania, ha sometido voluntariamente el Estado á la Iglesia. Un sucesor de José II es el que ha firmado el famoso concordato cuya publicación produjo explosiones de alegría en el gremio ultramontano (1). Todavía más culpables algunos príncipes protestantes, iban á imitar ese ejemplo, cuando el rugido de la opinión pública les deluvo ya al borde del abismo. Fieros con esa servidumbre voluntaria, los papas no ponen ya límites á sus pretensiones, y allí donde pueden contar con la debilidad de los gobiernos y con el apoyo de masas ignorantes, proclaman abiertamente la supremacía de la Iglesia sobre el Estado. Cuando los legisladores se atreven á dictar leyes que no se avienen con su ambición, el soberano pontífice las anula y las declara sin efecto, así como un tribunal superior casa y anula las sentencias de los tribunales inferiores.

El papado se ha atrevido á más. Después de un siglo de que la filosofía ha difundido la indiferencia religiosa entre el pueblo mismo, después de que la revolución viene amenazando la existencia misma del poder pontificio, un papa ha proclamado un nuevo dogma, y la Inmaculada Concepción, esa superstición ante la cual había retrocedido la credulidad de la Edad Media, ha sido aclamada en

(1) Véase mi *Estudio acerca de la Iglesia y el Estado después de la Revolución*.

medio de un siglo que decanta su ilustración y se engalana con sus luces. El ardor de las milias monásticas es igual á la audacia de su jefe. Por todas partes se ven salir como debajo de tierra cadáveres vestidos de gris, de blanco, de negro ó de pardo; se corre á sus sermones y á sus confesionarios; se les entrega la educación de la infancia, y con ella el porvenir de la sociedad, y se despoja á innumerables familias para enriquecer á hombres que, por una especie de irrisión, hacen voto de pobreza.

En otro tiempo, las órdenes monásticas tenían mutuos celos y hacían una guerra á muerte al clero secular. En el día, un mismo espíritu parece animar á todo el clero, el espíritu de Roma. A las rivalidades seculares de las Iglesias nacionales ha sustituido una rivalidad de ultramontanismo, y los orgullosos galicanos hacen alarde de su sumisión; los Alemanes, enemigos mortales de la ambición romana, se han hecho más romanos que los Italianos, y la sociedad laica, en vez de combatir esas usurpaciones, lo deja pasar todo, olvidando que la Iglesia es la enemiga natural de la independencia y de todas las libertades más preciosas. ¿De dónde procede esa increíble ceguedad? La Iglesia ha escrito en su bandera la palabra libertad, y es esa palabra sagrada la que ha causado la ilusión en los espíritus más generosos, sin apercibirse de que la libertad de la Iglesia es la esclavitud del Estado, y sin advertir que la Iglesia no ama la libertad más que para destruir los derechos proclamados por la Revolución. Esa culpable indiferencia da fuerzas nuevas á los partidarios del pasado, que á la sombra de la libertad se proponen arruinar los fundamentos de la civilización moderna (a).

IV

La reacción ha invadido las Iglesias protestantes, espectáculo todavía más doloroso y aflictivo

(a) Esta explicación es volterriana, y, en mi sentir, grandemente errónea. Hay que subir más arriba ó que profundizar más para encontrar la verdadera causa del fenómeno que salta á los ojos de M. Laurent. El sentimiento religioso es una condición ineludible de vida humana. Los hombres han abusado de él para tiranizar al hombre, y los liberales á lo Voltaire dicen: «Matemos la religión.» Error insignificante, preñado de consecuencias funestísimas: una de ellas, el fenómeno que tanto preocupa al mismo Laurent. No, no es la incredulidad, no es la negación las que han de resolver el problema; es la creencia racional — *raisonnable obsequium* — es la sencilla y pura satisfacción de aquella necesidad indeclinable, salvando siempre los fueros de la razón y el santuario de la conciencia. Y el caso es que más adelante conviene el autor en esto mismo. — (N. del T.)

que asemeja á un lento suicidio. Nosotros comprendemos la reacción católica; la Iglesia de Roma está en carácter cuando comenta las supersticiones antiguas é inventa otras nuevas; está en carácter cuando reclama para el poder espiritual el predominio que el alma tiene sobre el cuerpo; está en carácter cuando invoca la libertad para matar la libertad. Pero ¿qué podemos decir de los protestantes que dan la mano á los católicos? ¿No fueron los reformadores del siglo XVI los que atacaron los errores y las supersticiones de la gran meretriz? ¿No tomaron por bandera la soberanía civil, que era para ellos sinónimo de independencia nacional? ¿No han inaugurado la época de libertad religiosa reivindicando los derechos de la conciencia contra la tiranía Romana, gloriosa iniciativa que sirvió de preludio á las conquistas del 89? Si el protestantismo deja de ser la libertad, así para el individuo como para el Estado y la sociedad, el protestantismo no tiene razón de ser, y no le queda más que hacer que actos de arrepentimiento, volviendo al seno de la Iglesia romana. Los protestantes ortodoxos no se contentan con rechazar el racionalismo del siglo XVIII y la ciencia crítica del XIX, sino que retroceden hasta las confesiones de los siglos XVI y XVII; y ¡qué digo! todavía no las encuentran bastante ortodoxas. La Reforma no es para ellos una revolución religiosa; de modo que no hizo más que censurar los abusos, conservando cuidadosamente todas las doctrinas del cristianismo tradicional. Según ellos, Lutero fué demasiado lejos, Calvino es un demócrata, y Zuinglio un revolucionario de la peor especie. Por lo cual hay que abandonar esa mala compañía y volver á los Santos Padres. Por ese camino, los protestantes ortodoxos llegarán á resucitar las antiguas supersticiones. Por de pronto, echan de menos la poderosa unidad de la Iglesia romana. ¡Dichosos los anglicanos, que han conservado arzobispos, obispos y canongías! Cuando los protestantes tengan un episcopado, no les faltará más que un papa, y entonces todo se habrá encontrado: el santo padre espera á las ovejas extraviadas, les abre sus brazos y les promete ya sus indulgencias.

Los más lógicos entre los ortodoxos han tomado el camino de Roma, los otros los seguirán. Y en realidad más valdría un regreso franco y sencillo al catolicismo que un cristianismo bastardo, que ni es reformado ni católico. Reformados en el

nombre por un resto de pudor, los ortodoxos son católicos por sus tendencias; todo lo toman de la Iglesia, hasta su espíritu invasor, y los pastores echan de menos la autoridad de los ungidos del Señor. Sus jefes tienen buen cuidado de hablar siempre de libertad, así como los católicos liberales; adoran la tolerancia, á condición de que no se tolere más que lo que es cristiano; son idólatras de la libertad, bien entendido que lo que aman es la libertad de la Iglesia, es decir, la dominación; hacen todavía la corte á los reyes por un hábito de antiguo servilismo; pero, caso necesario, les recuerdan que un buen cristiano debe obedecer á Dios antes que á los hombres. Si alguna vez llegasen á ser los amos, establecerían el despotismo intelectual de la inquisición. Y ya hacen sus ensayos al proscribir la libertad de pensamiento, y al unirse á los carceleros contra los pueblos en la lucha de la libertad y el absolutismo. Pero si ellos fuesen los amos, tampoco quedaría en pie el protestantismo, sino que se restablecería la unidad católica, y con ella el esclavizamiento de la humanidad.

V

Reacción universal hacia lo pasado: tal es el espectáculo que ofrecen las Iglesias ortodoxas. ¿Habrá que deducir de ello que la Reforma fué un error y la Revolución un crimen? Nosotros no hemos hecho más que hacer constar los hechos, cuya importancia no hemos rebajado; pero los hechos por sí mismos no tienen valor alguno; son las ideas las que gobiernan el mundo. La reacción religiosa que se advierte en nuestros días ¿es efecto de la verdad divina del cristianismo tradicional? (a). Si así fuese, el librepensamiento sería una herejía, en el peor sentido de esta palabra, y no le quedaría á la razón más camino que el de abdicar. ¿Cómo se encontraría la verdad en el cristianismo oficial? Hay una manifestación de la luz divina contra la

(a) Aquí parece que el autor saca de quicio la pregunta, para no encontrarse con la respuesta, ó sea con la causa sencilla del fenómeno que le preocupa. La reacción religiosa no es efecto de la verdad divina del cristianismo tradicional, pero sí lo es del sentimiento religioso, inseparable de la humanidad y combatido irracional é impolíticamente por la escuela volterriana y sus afines. Hacer la guerra á la palabra de vida del Cristo, en nombre de la libertad, lo tengo por el absurdo de los absurdos y por el error más funesto á la causa de la libertad y del progreso. Los Anglo-Americanos no han prosperado por semejante camino, ni por él saldrá de su postración ni se levantará de sus caídas la raza latina en Europa. — (N. del T.)

cual no hay reacción que prevalezca. La historia nos revela los designios de Dios y la parte de verdad que al hombre es dado conocer. Y ¿qué dice la historia? Dice que los fundamentos de la revelación cristiana son errores, supersticiones, á veces ficciones mentirosas; y si es así, ¿qué importan las reacciones? El mundo entero bajaría su cerviz ante el papa, y no por eso dejaría de ser el papado una usurpación secular. El mundo entero recitaría el símbolo católico, y no por eso dejaría de ser menos falso. ¿Es que las tinieblas están destinadas á oscurecer la luz? ¿Ó es que la luz ha de acabar por disipar las tinieblas?

La reacción católica se parece á las nieblas de la primavera, que se condensan cuando la luz vivificante del sol está más cerca de disiparlas y de ofrecer á nuestros deslumbrados ojos los radiantes esplendores de la naturaleza. En este mismo momento (1), la niebla oculta todavía el astro bienhechor, fuente de vida. ¡Paciencia! La luz eterna no por eso luce menos; pero no sucede lo mismo con la luz divina que con la luz física; ésta triunfa con solas las fuerzas de la naturaleza, mientras que la verdad necesita ser conquistada á esfuerzos de la razón; es necesario luchar contra las tinieblas intelectuales para disiparlas, es necesario luchar para que la verdad se difunda. Luchemos, pues; la victoria nos está asegurada de antemano.

La reacción religiosa es un hecho incontestable; pero si se quiere conocer su importancia, necesitamos averiguar sus causas. Podría creerse, por de pronto, que es una victoria de la superstición y de la tiranía intelectual sobre las aspiraciones más legítimas y más santas de la humanidad. Nada de eso; la reacción se explica por la necesidad que el hombre tiene de creer; es ésta un sentimiento indestructible, pero que se extravía y se engaña cuando vuelve á los altares de lo pasado. La humanidad no vuelve nunca á la creencia que ha abandonado, y hace ya muchos siglos que dió los primeros pasos fuera del cristianismo histórico. En vano querría suprimir ese trabajo secular, el mismo Dios no lo podría. La fe desviada volverá á los senderos del porvenir á medida que se realice la transformación de la religión tradicional. Hay un doble movimiento en nuestra sociedad: un movimiento hacia lo pasado, que no es más que aparen-

(1) 1896.

te, otro movimiento hacia el porvenir, que aumenta y adquiere cada día nuevas fuerzas. La reacción religiosa, lejos de ser el triunfo del cristianismo ortodoxo, llegará á una transformación de la religión tradicional, á un cristianismo nuevo (a).

§ II. — Causas de la reacción religiosa.

N.º 1. — El elemento religioso.

I

La reacción religiosa es un movimiento general, y, al parecer, favorable en su conjunto al cristianismo tradicional. En Francia, en Alemania, en Bélgica, no basta ya al ardor de la fe el catolicismo, tal como existía en los últimos siglos: nuestros católicos ya no se contentan con la religión de Bossuet; retroceden hacia la Edad Media. En los países protestantes, la ortodoxia es la que domina; pero ¡qué ortodoxia! Lutero repudiaría el luteranismo alemán, y Calvino no reconocería á los calvinistas ingleses. Se comprende que este espectáculo produzca ilusión á los hombres de imaginación exaltada. Pedídes la causa de la reacción religiosa que sobreviene después de un siglo de incredulidad, y os responderán: “¡Ciegos son los que no ven el milagro debido al poder divino de la religión católica!”, ¿Cómo se ha verificado, exclamaba el conde de Montalembert, ese increíble cambio en tan pocos años? ¿Quién es el que ha dado ese notable *mentis* á todas las predicciones y á todos los cálculos de la falsa sabiduría? ¿Quién? Ante todo, la fuerza intrínseca y milagrosa de que Dios dotó á su Iglesia, su fidelidad en cumplir su promesa inmortal: *Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*. A tantos testimonios registrados ya por la historia, ha venido nuestra época añadiendo una nueva prueba de esa enérgica y fecunda vitalidad de la Iglesia, que debe llenar de confianza á sus hijos y hacerla salir triunfante de todas las pruebas, viendo que sobrevive á los imperios y á las repúblicas, á todos los gobiernos y á todas las revoluciones, (1).

Si el movimiento católico es divino en su prin-

(a) Esto es verdad; pero no se realizará matando toda creencia, sembrando la incredulidad y dando solamente culto á la materia.—/N. del T./

(1) MONTALEMB., *De los intereses católicos en el siglo XIX*, § 4.

cipio, fuerza es confesar que causas humanas y muy humanas le han auxiliado poderosamente. Uno de los órganos más vehementes de la reacción ultramontana se pregunta cuál es el verdadero origen del renacimiento religioso. Mr. Veuillot responde que son las vírgenes fieles las que, en medio de la paz de sus claustros y bajo la protección de la Inmaculada Virgen, comenzaron á formar las madres de familia cristianas. “Dios bendice esa obra de piedad: un soplo creador se dilata por toda la Francia, y por medio de sus recónditos resortes y de las desconocidas vías cuyo secreto tiene la Providencia, las fundaciones y las vocaciones se han multiplicado á través de mil obstáculos. En las pequeñas ciudades, y hasta en las más pobres aldeas, mujeres privadas de todo apoyo humano emprendieron dar instrucción gratuita á los niños pobres de las campiñas, y lo han conseguido, siendo la Santa Virgen Madre de Dios la intercesora para que se realicen tan nobles y santos trabajos. El nombre que llevan esas mujeres heroicas es el de María; el fuego divino que las anima es el amor de María, y trabajan, y sufren, y mueren por imitar á María... La época que ha seguido al siglo de Voltaire se podrá llamar el siglo de María, (1).

Mr. Veuillot no sospecha quizás que la tierna devoción de María, que tanto celebra, será á los ojos de la posteridad la mancha del movimiento religioso de nuestra época. ¡El siglo de la reacción católica es, pues, el siglo de María! ¡Y esa devoción á la Virgen Santa se fomenta por medio de una educación que falsea la inteligencia! Tan luego como esas mujeres están bien fanatizadas se encargan de convertir á sus maridos; la conversión se limita, por punto general, á practicar aquello en que no se cree. ¡Hipocresía! No importa; esos hombres que ceden por debilidad y por no turbar la paz del hogar, llenan, sin embargo, las iglesias y hacen número; sus hijos, además, se hacen católicos bajo la inspiración de la Virgen, y á esa fe impuesta á tan tiernas almas se la llama una gracia debida á la divinidad del catolicismo. Confesemos que la reacción religiosa es bastante acomodaticia en materia de religión.

No conocemos obra más culpable que la de esa conversión artificial de las nuevas generaciones.

(1) VEUILLLOT, *Misceláneas religiosas*, t. VI, p. 526, 528, 531.

Se cuenta que los Escitas cegaban á sus esclavos para convertirlos en máquinas; otro tanto hacen estos nuevos apóstoles. La posteridad se asombrará de que los hijos de Voltaire y de Rousseau, los hijos de Lutero y de Calvino, hayan abdicado los derechos del libre pensar para atarse con las cadenas de la ignorancia y de la superstición. Pero no es á las nuevas generaciones á las que hay que acusar: ¿quién se atrevería á acusar á los esclavos cegados por sus dueños de que no puedan ver la luz del sol? Son los padres los que llevan sobre sí esa terrible responsabilidad; serían disculpables si fueran creyentes: indiferentes ó incrédulos, hacen el oficio de verdugos en servicio de la Iglesia, para ayudar á matar, ó á viciar por lo menos, la inteligencia y el corazón de sus hijos. Nuestras leyes castigan el infanticidio: ¿es menos criminal el asesinato del alma?

Apresurémonos á añadir que hay en la reacción religiosa un elemento que explica y disculpa la culpable debilidad de nuestra época. Causa admiración el ver al siglo de Voltaire viniendo á parar en un siglo de reacción católica; pero nada más natural. ¿Quién hubiera creído en los bellos días del 89 que la Francia se cansaría de su libertad, y que después de la explosión magnífica de la Revolución vendrían los tristes días de una servidumbre voluntaria? Pues lo mismo sucede en materia de religión. Oigamos al conde de Maistre: “El protestantismo, el filosofismo y mil otras sectas, más ó menos perversas ó extravagantes, como quiera que hayan disminuido prodigiosamente las verdades entre los hombres, el género humano no puede permanecer en el estado en que se encuentra, y se agita y sufre, y tiene vergüenza de sí mismo, y procura con yo no sé qué movimiento convulsivo remontar el torrente de errores después de haberse abandonado á él con la sistemática ceguera del orgullo, (1).

No participamos del desdén que el fogoso ultramontano afecta tener al siglo XVIII; pero hay una cosa cierta, y es lo de que los filósofos demolió sin pensar en reedificar. La guerra contra el catolicismo vino á ser una guerra contra toda religión, y se negó á Dios y se negó el alma. En vano Rousseau y Voltaire opusieron la autoridad de su nombre á ese desbordamiento de materialismo; el

(1) DE MAISTRE, *del Papa*, discurso preliminar.